

Cancela Rodríguez, Ekaitz (2023). *Utopías digitales. Imaginar el fin del capitalismo*. Barcelona: Verso, 252 páginas. ISBN: 978-84-125715-5-4. Reseñado por: Clara Navarro Ruiz. Universidad Complutense de Madrid.

En ciertos ámbitos de la cultura popular resulta casi un lugar común hacer del *boomer* la figura paradigmática de la madurez mal llevada. Según este célebre tropo, el *boomer* (o sea, el individuo perteneciente a la generación nacida en la época del baby boom) encarna la actitud de aquellas personas que han convertido el paso del tiempo en un motivo para la acumulación de resentimiento y desdén hacia cualquier novedad que resulte, real o imaginariamente, una amenaza a las gramáticas cotidianas que se consideran asentadas. A pesar de la viveza de este estereotipo hay algo que, sin discusiones, ha envejecido mucho peor que cualquier digno representante de esta actitud vital: la imagen progresista y *cool* de las empresas tecnológicas. Aunque siga prevaleciendo la forma de vida de Musk o Bezos como un modelo aspiracional (lo atestigua cualquier vistazo rápido a alguno de los podcasts, posts u ofertas de cursos y formaciones para lanzar negocios digitales), la práctica real de muchos de estos empresarios –véase el ejemplo de Twitter– está dejando definitivamente atrás esta imagen de perfección y progresismo. También muy lejos quedan las primeras intervenciones de Morozov, quien ya ha reflexionado retrospectivamente sobre los errores de aquel discurso inicial que veía en la progresiva influencia de internet en nuestras sociedades un paso directo hacia a la emancipación (2011, 2013).

Es claro: aunque nadie niega algunos de los indudables avances que ha traído consigo la generalización del uso de tecnologías de la información y la conectividad, también sufrimos de forma cada vez más prístina sus peores consecuencias. La intersección entre tecnología digital, sociedad y poder se ha impuesto como un área de reflexión cada vez más insoslayable que, en el ámbito

hispanohablante y sector cultural español, tiene a uno de sus mayores representantes en Ekaitz Cancela. La solvencia y completud de *Utopías digitales* es buena muestra de que la reflexión de este pensador tiene tras de sí una larga trayectoria de trabajo que fructificó ya en su *Despertar del sueño tecnológico* (2019). Con este nuevo texto, Cancela se une a los esfuerzos de autores tan diversos como Fuchs (2021), Benanav (2021), Pfeiffer (2022) o Staab (2019) en el intento de radiografiar la economía política digital o, lo que es lo mismo, el específico entrecruzamiento de la dinámica capitalista con la tecnología.

Más allá del riguroso análisis teórico que encontrará quien lea este texto, la intervención de Cancela se diferencia por la específica proyección que dota a sus páginas, la cual se adivina ya en el mismo título. Me refiero a la necesidad de vislumbrar alternativas –utopías– para un futuro que, muy intencionadamente, se nos presenta como obturado desde toda representación cultural. Muy en la línea de la clásica argumentación de Adorno y Horkheimer (al que debíamos una referencia dado el monográfico en el que se publicarán estas líneas) Cancela introduce su libro abogando por la necesidad de disolver mediante la presentación de alternativas una alienación que «siguiendo estúpidas utopías corporativas, con sus patrones de conducta, proyecciones de futuro, itinerarios, mecanismos financieros, algoritmos con funciones criptográficas o simplemente producciones culturales, como las películas» nos mantiene en un estado de cosas en el que «[I]a única forma posible de existencia [...] tiene lugar a través de la mediación comercial» (Cancela, 2023, p. 12). Este particular punto de vista alinea a Cancela

con aquellos esfuerzos que buscan superar la omnipresencia de distopías que pueblan el escenario cultural. Un interés que se muestra como una necesidad social dado el reciente éxito de los ensayos de Layla Martínez (2020) en torno a los discursos utópicos o la intervención de Marta Peirano (2022) dirigida a abordar de forma distinta la emergencia climática. Al fin y al cabo, pensar la tecnología y sus posibles efectos políticos, con la mirada puesta en el futuro, es la única respuesta posible a las preguntas fundamentales que Cancela plantea al comienzo de su texto: «Pero, ¿y si no bastara con entender el desarrollo tecnológico capitalistas y modificarlo ligeramente para adaptarlos a las leyes motrices del socialismo? ¿Y si fuera necesario utilizar la tecnología para echar mano al freno de la historia, pensar en nuestra relación con las herramientas digitales y diseñar alternativas reales, una praxis que ahora se encuentra confinada debido a la hegemonía de Silicon Valley y Wall Street sobre nuestra imaginación?» (p. 18). Se podría argumentar que estas preguntas son las únicas posibles desde una teoría crítica de la tecnología. No obstante, que esto sea así, no minimiza la importancia de dichos interrogantes. Tanto más cuando las posturas de un cierto tecnoopimismo naïve (representado por Bastani [2019] y Srnicek & Williams [2017] en sus versiones de mayor éxito) siguen muy presentes en nuestros imaginarios.

Valga lo dicho para dar cuenta que el ensayo de Cancela apunta directamente al corazón teórico de una discusión contemporánea central, que sus capítulos desgranar en un movimiento que parte del análisis de la infraestructura material de las tecnologías digitales y recorre su vertebración en nuestras ciudades, subjetividades y formas políticas. El

análisis del presente, además, se complementa con consideraciones de las posibilidades y apuestas históricas (exitosas y derrotadas) que han tenido lugar en la conformación de la estructura político-tecnológica que poseemos actualmente. Por descontado, el interés de estos apuntes va más allá de lo estrictamente teórico, pues permiten discernir qué propuestas conducen a caminos probablemente aporéticos – Cancela se muestra muy crítico, por ejemplo, con la estrategia política de la Unión Europea en lo referido a la producción tecnológica– y cuáles otros nos podrían permitir imaginar un futuro con razonable esperanza, a pesar de su anterior fracaso (y en este sentido, no sería descabellado, cree Cancela, intentar repetir la experiencia contrahegemónica de aquellos países que, en los años 70, conformaron el movimiento de países no alineados [pp. 229 y ss.]). Para comprender mejor este recorrido, lo más útil será que presentemos brevemente algunos de los momentos más significativos del texto.

Como ya hemos anunciado, el texto se abre con una presentación de las infraestructuras materiales de nuestra conectividad, señalando las raíces coloniales e imperialistas del presente tablero de juego económico. Cancela nos descubre así que la estructura de extensa red de cables transocéanicos que garantizan que podamos comunicarnos con cualquier parte del mundo a cada vez mayor velocidad depende en gran medida del viejo monopolio británico de la gutapercha. Dicho material, obtenido de la savia de ciertos árboles, permitió en el siglo XIX la conformación de la infraestructura telegráfica británica que es origen directo de su infraestructura actual. Según Cancela, la influencia de dicho origen sigue permeando en la forma que pensamos Internet, pues ayuda a conformar una relación de

subordinación colonial entre países por la cual «mientras las grandes potencias erigían los costosos canales para la conexión entre los puntos espaciales con el objetivo de controlar el acceso a las infraestructuras, los países con los comerciaban sufrían sus consecuencias (el robo, la rapiña, la violencia y los ríos de sangre asociados con la expropiación» (p. 24). La ruptura de esta dinámica, que encontramos funcionando de forma idéntica en torno a tantos otros esquemas productivos y materias primas, solo puede solucionarse, a ojos de este autor, rebajando el grado de concentración de la propiedad sobre esta infraestructura de cableado transoceánico. Para ello, nos ofrece el inspirador ejemplo de la estructura india SEACOM e invita a repensar la vía pacífica de creación de alternativas a través de la creación de asociaciones que permitan otro modo de propiedad sobre estas infraestructuras. Esta argumentación permite relacionar la intervención de Cancela con aquellas intervenciones que están pensando la tecnología desde sus aspectos referentes al equilibrio sistémico de nuestro entorno, tal como realizan las propuestas de Almazán (2021) o Arenas (2021).

Esta necesidad de «desencabalar» (por usar el célebre término polanyiniano) las estructuras sociales de la anatomía de la propiedad privada sobre las infraestructuras tecnológicas ocupa a Cancela también en el segundo de los capítulos, donde se constata la presencia en nuestras finanzas cotidianas de los intereses del nuevo establishment de la economía digital. Esto tiene su origen en la creciente importancia del *big data*, que según atestigua este texto, está por ejemplo bajo muchas de nuestras preocupaciones en torno al precio de nuestro alquiler. Esto es así porque los centros de *big data* han generado una progresiva financiarización de la estructura de Internet. Cancela nos

recuerda que el matrimonio entre digitalización y finanzas no es nuevo: el propio desarrollo de los derivados financieros a partir de los años 80 se sustentó, de hecho, sobre los centros de datos y sus modelos informáticos. Sin embargo, la creciente estructura financiera de nuestras sociedades ha adquirido una nueva dimensión tras la crisis de 2008. Los centros de datos sostienen y aseguran la matriz extractivista de nuestras sociedades, en tanto «aseguran la transformación de la naturaleza en capital a un ritmo constante [y] facilitan que el trabajo en la economía digital y la energía humana que se desprende para mantenerla en marcha sigan recayendo sobre la explotación de la biosfera» (p. 45). Esto se realiza i) bien mediante la clasificación de diversos perfiles de mercado cuyas predicciones aseguran y garantizan las mejores condiciones para la acumulación del capital (en el caso, por ejemplo, del mercado inmobiliario); ii) ora gracias a la perfecta combinación de disponibilidad-prescindibilidad de la fuerza de trabajo en algoritmos dirigidos a la colocación de la fuerza de trabajo (López Calle, 2020, p. 99).

Todo ello, al precio de minar las infraestructuras materiales que sostienen la existencia, dada la enorme necesidad de agua de estos centros de datos para su refrigeración. A este respecto, Cancela da cuenta de diversos ejemplos de luchas locales (en Holanda y Estados Unidos) que ya hoy se están oponiendo a la canalización de recursos para sostener el mantenimiento de dichas estructura. El autor nos alerta asimismo del sinsentido de iniciativas como la del programa ASCEND de la Unión Europea, el cual está analizando «la viabilidad de poner centros de datos en órbita espacial» (p. 43), manifestando claramente el carácter predador de la lógica de acumulación capitalista. Sea como sea, el teórico vasco –en consonancia con lo que nos dicta el sentido común– defiende la

posibilidad de poner los centros de datos al servicio de los intereses públicos de la ciudadanía. Estos pueden ayudarnos en la tarea de «crear ecosistemas artísticos, prácticas culturales y acciones colectivas antisistémicas», siempre que, desligándolos de las dinámicas de mercado se imponga que «la única barrera de acceso para disfrutarlos sea habitar en este espacio colectivo llamado Tierra» (p. 52).

La perspectiva histórica se acentúa en el siguiente de los capítulos de Utopías digitales, en el que Cancela describe la genealogía del estado de cosas actual en la que nuestro presente de constante «crisis ha puesto de manifiesto muchos de los problemas de la globalización y ha complicado la preponderancia de la alianza transatlántica» (p. 58), mostrando que la vieja Europa es ahora un territorio «subdesarrollado en términos tecnológicos, incapaz de impulsar estrategias de autonomía tecnológicas distintas a la competencia en el mercado mediante enormes subvenciones a la composición de los capitales nacionales, e inmerso en una espiral de desindustrialización sin precedentes» (p. 59). Lo crudo de la descripción no le resta exactitud. No obstante, hemos de ser conscientes de que hubo otras posibilidades históricas, como aquella que buscó impulsar la industria de la computarización a lo largo de los últimos treinta años de la RDA. El fracaso del proyecto (debido, entre otros factores, a la desconfianza existente entre los países del bloque oriental en el contexto de la Guerra Fría, así como a un enfoque centrado en el sector militar, antes que en el comercial), lejos de conducirnos al desánimo, ha de ser visto como una oportunidad «para gestionar la economía vernácula de muchas maneras distintas» (p. 74). Se trataría aquí de trabajar para ir más allá del marco de la competición por

hacerse con la hegemonía del mercado de chips y apostar por «la autosuficiencia y la autonomía que ofrecen las industriales locales», lo que podría traducirse en «introduci[r] a las nuevas generaciones en las industrias avanzadas, dotándolos de los mayores avances computacionales y poniendo todo su ingenio al servicio del bien común [...] para volcar toda su creatividad en proyectos de desarrollo colectivo» (p. 74). Siempre teniendo presente, eso sí, que el objetivo último de este impulso ha de ser el de trascender el actual sistema social, económico y político, lo que implica, claro, «decidir sobre la potencia informática y computacional que necesita una sociedad organizada de manera distinta al mercado» (p. 75).

En esa tarea resulta fundamental atender a las transformaciones subjetivas que ha generado nuestra infraestructura social de carácter digital. Esta es, precisamente, el siguiente tema que aborda Cancela en las páginas que estamos comentando y es a un tiempo el momento de la argumentación que se explica con mayor prolijidad.

El fundamento básico de la antropología more digital se encuentra expuesto en la propia introducción del texto, donde se expone una fenomenología de algunas de las figuras que pueblan la sociedad digital. En primer lugar, encontramos en ella al Homo Davos. Este es aquel hombre que, autopercibiéndose como un creativo emprendedor, «encuentra» soluciones a sus problemas a través de las únicas instituciones en la modernidad capitalista, el mercado y el Estado, este último siempre guiado por dinámicas tecnocráticas» (p. 15). Dicho sujeto tendría como contraparte (no excluyente) el consumidor soberano, o sea, el «usuari[o] que se cre[e] a cargo de su propio destino, pero cuyo único camino para avanzar en la vida, para

descubrir las facetas de su personalidad o sus identidades más profundas es escoger entre servicios premium» (p. 15) y ambos estarían acompañados, por último, por los emprendedores que, haciendo gala de un discurso meritocrático, «únicamente pueden socializar sus descubrimientos e inventos por obra y gracia de herencias familiares o, por el contrario, de fondos de capital de riesgo, los cuales prestan dinero a aquellos que pueden ofrecer un modelo de negocio, casi siempre basado en la extracción y comercialización de datos sobre comportamiento humano» (p. 15). La racionalidad inherente común a estas tres figuras es evidente: se basa en el principio de origen neoliberal por el que el vínculo social se asienta sobre la necesidad de «economizar todo, convertir a cada sujeto en un consumidor y en un productor de memes comunicativos, en individuos que innovan o se desarrollan dentro de plataformas comerciales» (p. 82), comportamiento sustentado sobre una estrecha concepción de libertad individualista que «reproduc[e] las formas de explotación necesarias para la existencia de la desigualdad» (p. 89). Bajo el modelo único de la socialización a través de los mecanismos de las redes sociales, toda experiencia en planos extraeconómicos se canaliza mediante la competencia y, con ello, la devuelven al plano económico al «imponer la forma del intercambio», dado que «[a]l fin al cabo, no existe forma distinta de relacionarse en estas plataformas que conseguir más me gusta o incrementar interacciones» (p. 85).

Los efectos perversos de esta lógica son bien conocidos y pasan por un aumento de las tasas de depresión, ansiedad, insatisfacción corporal o sentimientos de soledad no elegida (Cancela, 2023, p. 87). También está transformando nuestra esfera pública discursiva. El criterio de viralidad como nuevo principio primero de la ratio

capitalista está generando un *general intellect* en el que «priman *youtubers*, tuiteros o todo tipo de memes intelectuales que predicán y refuerzan mecanismos de legitimación del neoliberalismo como la ignorancia, la confusión, la conspiración o simplemente el consumismo digital» (p. 92), todo lo cual lleva a la necesidad de concluir, sin duda, que «[l]a manera en que la gente se relaciona mediante *Twitter* debe ser abolida, pues ha ocupado categorías económicas en nuestra vida, como la cultura o la sociedad» (p. 107).

En orden a conseguir tal objetivo y en un movimiento sin duda heterodoxo, el libro nos invita a mirar con otros ojos a la política digital china en lo referido a la atención a los mecanismos del mercado. Sin negar los elementos securitarios de la experiencia oriental y sus consecuencias autoritarias en lo referente al crédito social –Cancela califica de «fanático» el interés del gobierno asiático por el control de la población (p. 101) y muestra las «limitaciones de las aproximaciones algorítmicas» (p. 98)– es cierto que hay algunos aspectos de su intervención que están siendo opacados, según Cancela, por la recepción habitual en los medios de comunicación hegemónicos en Occidente. Nuestro autor sostiene que China, buscando canalizar corporativamente las alternativas económicas de los movimientos sociales, está demostrando de forma fáctica que los mecanismos mercantiles no funcionan más eficazmente por sí solos (tesis claramente contrapuesta a la defendida por el bloque estadounidense) y que al contrario, mejoran con cierto grado de intervención. Tanto es así, que «esta innovación tecnológica ha conseguido que los mercados sean más transparentes y susceptibles a la intervención en el comportamiento a nivel individual» (p. 99).

Al margen del interés que tiene observar la política china fuera de los discursos y valoraciones habituales, la atención a estas cuestiones ha de servirnos, según el autor, para repensar las instituciones políticas que nos dotamos, teniendo particularmente presente las lógicas comportamentales que les son inherentes. Las redes sociales nos muestran a diario que el acceso a la información y la cultura no es más eficiente cuando se rige por imperativos de competitividad y de atención. Lo que nos indican, antes bien, es que «simplemente interactuamos con una dosis más elevada de discursos violentos, falsos o simplemente virales e irracionales» (p. 103). Reinterpretar las bibliotecas o los clubes de lectura son dos de las pistas que nos ofrece el autor para reconfigurar nuestro ser en el mundo, donde sean posibles objetivos como «la reparación y conservación del conocimiento» (p. 107) antes que la imposición de la mera viralidad.

Tras esta invitación, la segunda mitad de estas páginas trata de seguir ahondando en apuntar más escenarios de acción y transformación posibles, en un intento de concretar propuestas e ideas factibles ya en nuestro presente. Entre otros aspectos, se incide por ejemplo en la necesidad de conformar otras relaciones entre la imaginación y la tecnología para hacer a los ciudadanos partícipes de la solución de la emergencia climática que arrostramos. Un enfoque alternativo a la actual configuración tecnológica sustentada en los principios mercantiles nos permitiría salir de los angostos márgenes de la lógica de consumo. Un cambio en las actuales dinámicas sociales solo es posible desde una posición más autoconsciente y agente, que parta de la pluralidad de alternativas y enfoques que corresponde a cualquier sociedad profunda y verdaderamente democrática:

algo inviable si nuestro modo de cartografiar la realidad pasa necesariamente por la dictadura de facto de aplicaciones como Google Maps. En la línea de discursos que están defendiendo el cooperativismo algorítmico y de plataformas, Cancela vindica la necesidad de que los ciudadanos se involucren en el diseño de los modelos con que pensamos la realidad. Solo confrontados ante «las distintas realidades posibles, los diversos beneficios y consecuencias que llevan acarreados o la viabilidad de unas decisiones respecto a otras» (p. 161) podremos garantizar que nuestras políticas se sustentan sobre decisiones lo suficientemente conscientes y responsables.

En dicho ejercicio de toma de conciencia, las ciudades están por supuesto llamadas a jugar un papel preponderante. A este respecto, más allá de la necesidad de alertar sobre los peligros de dejar al albur de la dinámica de lo siempre igual del capital la gestión de nuestras infraestructuras (tal y como se está pretendiendo, como nos muestra este autor, desde los proyectos de *smart city* asociados a los grandes tenedores de capital), Cancela sostiene las ciudades pueden ser un escenario ideal para comenzar a transformar la realidad. Como muestra la experiencia de Barcelona y por su cercanía con las personas –así como por la existencia de multitud de actores en contacto directo con las necesidades de los ciudadanos– las urbes están llamadas a ser el primer bastión de la imposición de lógicas «donde el producto social generado en la ciudad se distribuye en cada persona, no se acumula y disemina como bienes o servicios de consumo privados» (p. 184). De hecho, algunos enfoques teóricos recientes (Richardson, 2018, 2021) evidencian que la riqueza de la logística generada por las aplicaciones está

configurando la geografía de nuestras ciudades y convirtiendo al propio trabajo, antes que en un acto que se realiza en un espacio determinado (como una oficina, una fábrica) en una «situación» (Richardson, 2021, p. 358) que solo podrá ser dirigida a la obtención de una mayor autonomía de los individuos si logramos que los avances tecnológicos se pongan a nuestro servicio, en lugar de dirigirse a la solo fin de una mejor explotación de la fuerza de trabajo (Christiaens, 2023).

No obstante, todo ello solo será posible si los planes estratégicos del Estado se alinean con los intereses de sus poblaciones. En relación con eso, debe decirse que nuestro autor se muestra relativamente pesimista en el orden inmediato, pero esperanzado en lo referente a la construcción de horizontes de futuro. Pesimista en lo inmediato, decimos, porque Cancela deduce de lo acaecido de la reciente pandemia que, en contra de lo que se ha comentado en torno al nuevo cariz emprendedor del Estado, esta institución se ha mostrado carente «de agencia suficiente para canalizar el monopolio de la fuerza en una dirección democrática», haciendo así que «la representación del poder corporativo dentro del Estado capitalista» saliera «reforzada» (p. 197).

Cabe decir en este punto que, en cierta medida en contraposición a lo que comenta Cancela, algunos de los autores que están pensando el nuevo carácter del estado en el ámbito internacional (Barcellona, 2021; Robinson, 2017), ven de hecho en el modelo del «Estado emprendedor» la actual impotencia de la estructura estatal en el nuevo ámbito de juego de la economía, toda la cual tiene lugar en un contexto internacional en el que este es únicamente un actor entre otros. Tanto es así, que se ha hablado incluso de una nueva «clase corporativa transnacional» en la que la clase dirigente, hoy especialmente heterogénea y plural, no puede

identificarse de forma inmediata con las estructuras políticas consideradas en su conjunto, sino con diversos actores situados en diversos foros y espacios de influencia a nivel nacional e internacional (Robinson, 2017, p. 173).

Obviando estas pequeñas diferencias teóricas, Cancela acierta al mostrar como señal de clara claudicación ante las fuerzas del *business* as usual la estrategia estatal tecnológica, que se muestra indefectiblemente ligada al grupo de las GAFAM. Motivo de ello es que «no existe financiación ni infraestructura pública para asumir las inversiones en digitalización [...] y, además, no se han establecido las bases democráticas suficientes como para repensar las estructuras administrativas que gobiernan la vida pública», lo que ha llevado al avance de la «racionalidad corporativa» por la cual «no existe intermediación política [...] más allá de dejar hacer al sector privado» (p. 204). La rotundidad de la frase no magnifica en absoluto la gravedad de la situación: los diversos ejemplos de las últimas contrataciones estatales en materia de infraestructura digital que ofrece el libro un poco antes (en los que los millones de euros se cuentan con números de tres cifras) no dejan duda alguna al respecto. Dado este contexto, tal como expresa Cancela: «¿resulta tan utópico evitar que el Estado se convierta en una App Store donde todos los servicios básicos son de pago, la libertad humana se reduce a intercambiarse como mercancía y a trabajar largas horas de manera precaria para disfrutar con cuentagotas de las innovaciones tecnológicas más avanzadas de la época?» (p. 224). Que la respuesta a dicha duda caiga del lado más alejado de la completa identificación con los mecanismos mercantiles depende, de nuevo, de nuestra capacidad de hacernos con la organización y práctica de los mecanismos tecnológicos para ponerlos al servicio de las poblaciones, tarea para

la que –como esperamos haber hecho ver aquí– *Utopías Digitales* ofrece numerosas pistas para comenzar a hacerlo posible.

No obstante, no es esta la última palabra de este libro, que cierra con una imagen y ejemplo de lo que se debe comenzar a pensar en el área de la política internacional. En cuanto a esto, Cancela comienza refiriéndose al ejemplo del movimiento de los países No-Alineados (MPNA), que si bien ha perdido gran parte de su importancia tras la caída del bloque soviético, nos remite a una época en la que otro orden fue tangible, algo que estuvo especialmente presente durante los años 70. Al fin y al cabo, esta no solo fue la década en que el MPNA realizó alguna de sus declaraciones más significativas, sino también la era en la que figuras como Salvador Allende informó en la ONU de los peligros de dejar que las corporaciones internacionales se hicieran con un excesivo poder. De hecho, la propia ONU estuvo debatiendo la posibilidad de introducir un código externo vinculante para el control de estas corporaciones que ligara su comportamiento a la satisfacción del interés general (Hernández Zubizarreta, 2008, p. 40 y ss.). El desplazamiento de este tipo de debates a organismos en los que la correlación de fuerzas de poder es más favorable a los capitales transnacionales (como ocurre en el marco de la OCDE), así como el auge de la responsabilidad social corporativa (RSC) y sus mecanismos de «derecho blando» señalan con claridad de qué lado se decidió la disputa.

Sea como sea, este tipo de ejemplos señalan con claridad la contingencia de las hegemonías mundiales y por ende, su volubilidad. Todo ello le sirve a Cancela de contexto para proponernos algunas propuestas que, de llevarse a cabo, podrían sustentar

otra infraestructura digital. Por descontado, sus principios rectores serían la defensa de la autonomía de los países implicados, así como la disolución de las relaciones de dependencia existente entre ellos. La búsqueda de una infraestructura diferente pasa, por supuesto, con la búsqueda de un nuevo diseño que, consciente de las dificultades del desarrollo de las tecnologías en cada territorio (y por ello, comprometido con su realización) también sirva «para sustituir la importación de tecnología procedente de Silicon Valley, favorecer la diversificación nacional y regional o impulsar experimentos autónomos» (p. 245). En esta medida, será imprescindible asimismo la conformación de alianzas políticas contrahegemónicas, que, junto con la atención a los discursos de la epistemología crítica, podrían llevar a cabo el antiguo sueño que una vez nos pareció alcanzable, al que aludíamos al comienzo de estas líneas: «mantener Internet como patrimonio común de la humanidad» (p. 246). La enormidad de la transformación puede hacer aparecer a este deseo una aspiración quimérica, tanto más a la vista del convulso contexto geopolítico en el que nos encontramos. No obstante, dilucidar estas propuestas, explicarlas y compartirlas es el único modo de que (aunque sea únicamente al modo del horizonte asintótico kantiano) sean concebidas como ejecutables. Esta es la labor que realiza Ekaitz Cancela en su propuesta y con ello, demuestra la capacidad transformadora de la utopía. Volvemos así al comienzo de este escrito. La vejez de los antiguos modelos aspiracionales del capitalismo digital que ahí presentamos se confronta gracias a Cancela con unas «ideas rebeldes e insurrectas que desde tanto tiempo atrás se rumian en nuestro interior, como

misiles que esperan a ser lanzados contra las bases del sistema» (p. 252). Que acierten –y lo hacen– en el blanco de nuestras preocupaciones es, sin duda, también gracias a la labor teórica presentada en *Utopías Digitales*.

Referencias

- Almazán, Adrián (2021). *Técnica y tecnología. Cómo conversar con un tecnólogo*. Taugenit.
- Arenas, Luis (2021). *Capitalismo cansado. Tensiones (eco)políticas del desorden global*. Trotta.
- Barcellona, M. El derecho privado de la economía y la sociedad líquida. En José A. Estévez Araújo (Ed.), *El derecho ya no es lo que era. Las transformaciones jurídicas en la globalización neoliberal* (pp. 277-304). Trotta.
- Benanav, Aaron (2021). *La automatización y el futuro del trabajo*. Traficantes de Sueños.
- Cancela, Ekaitz (2019). *Despertar del sueño tecnológico. Crónica de la derrota de la democracia frente al capital*. Akal.
- Christiaens, Tim (2023). *Digital Working Lives. Worker Autonomy and the Gig Economy*. Rowman & Littlefield.
- Fuchs, Christian (2021). *Das Digitale Kapital. Zur Kritik der politischen Ökonomie des 21. Jahrhunderts*. Mandelbaum.
- Hernández Zubizarreta, “La responsabilidad social corporativa y las empresas transnacionales: de la ética de empresa a las relaciones de poder” en Lan Harremanak, 19, 2008-II, pp. 17-49
- López Calle, Pablo (2020). La judicialización de las relaciones laborales como dispositivo de organización del trabajo: tres fases del proceso de producción logístico en Europa. En A. Riesco-Sanz (Ed.), op. cit. (pp. 75-101).
- Martínez, Layla (2020). *Utopía no es una isla. Catálogo de mundos mejores*. Episkaia.
- Morozov, Evgeny (2011). *The Net Delusion. The Dark Side of Internet Freedom*. Public Affairs.
- (2013). *To Save Everything, Click Here. The Folly of Technological Solutionism*. Nueva York, Public Affairs, 2013.
- Peirano, Marta (2022). *Contra el futuro. Resistencia ciudadana frente al feudalismo climático*. Debate.
- Pfeiffer, Sabine (2022). *Digital Capitalism and Distributive Forces*. Bielefeld.
- Richardson, Lizzie (2018). Feminist Geographies of Digital Work. *Progress in Human Geography*, 42(2), pp. 244-263.
- (2021). Coordinating Office Space: Digital Technologies and the Platformization of Work. *EPD: Society and Space*, 39(2), pp. 347-365. DOI: 10.1177/0263775820959677
- Robinson, W. I. (2017). Debate on the New Global Capitalism: Transnational Capitalist Class, Transnational State Apparatuses, and Global Crisis. *International Critical Thought*, 7 (2), pp. 171-189, DOI: 10.1080/21598282.2017.1316512
- Srnicek, Nick y Williams, Alex (2017). *Inventar el futuro. Postcapitalismo y un mundo sin trabajo*. Barcelona, Malpaso, 2017
- Staab, Peter (2019). *Digitaler Kapitalismus. Markt und Herrschaft in der Ökonomie der Unknappheit*. Suhrkamp.